

LA LEYENDA DE CHEVAGNES

LA EOCHE DE BODA.

X

Solange dijo que se casaría transcurridos seis meses.

Por lo tanto, el matrimonio debía efectuarse á principios de diciembre.

Pero en este intervalo iban á tener lugar funestos acontecimientos.

No es nuestro objeto recordarlos. Es preciso creer, en honra del carácter nacional, que viven todavía en la memoria de todos.

Francia sufrió una série de desastres sin nombre. En Sedan, en Metz, dos valientes ejércitos, abandonados por la suerte, capitularon. Paris estaba sitiado.

Los alemanes paseaban, casi sin lucha, por aquel suelo, donde la huella de sus pisadas no se ha borrado todavía.

¿Quién las borrará?

Era á últimos de noviembre.

El frío era intenso. Los soldados franceses,

prisioneros en Alemania, recuerdan todavía la glacial temperatura.

Una tarde, á eso de las cinco, tres hombres se hallaban reunidos en una sala baja, húmeda, oscura, sin mas ventana que una, estrecha y larga, de forma ojival.

Por toda luz tenían una vela de sebo colocada en un candelero de hierro.

Esta sala se hallaba situada en la planta baja de una especie de ciudadela, puro modelo de las construcciones militares del siglo XVI, bien conservada y provista de sus torres, almenas, poternas y caminos subterráneos. Estos eran una perfección en su clase; ¡difícil era que los encerrados allí pudieran escapar!

Esta fortaleza dependía de un pueblecito bávaro, muy tranquilo, cuyos vecinos suelen hallarse más á gusto en la cervecería que en el regimiento...

Este pueblo se llamaba Mittenberg y está situado á diez y ocho leguas de Munich, al Oeste, hacia la frontera suiza.

Los tres hombres estaban muy tristes.

Por sus deteriorados, aunque limpios uniformes, y por su fisonomía, comprendíase enseguida que eran soldados franceses.

Eran, en efecto, soldados de infantería prisioneros.

Se llamaban Hugo y Roberto de Souvray y Roman Tremor.

Desde el principio de la guerra se alistaron en el regimiento que mandaba el coronel Hennebon, pariente cercano de los Souvray.

Heridos Roberto de Souvray y Román Tremor en la batalla de Saint-Privat, fueron trasladados allí en una ambulancia de Metz; y Hugo que quizá hubiera podido huir, no quiso abandonarlos.

Nadie, después de todo, podía prever los espantosos desastres que se preparaban, y en los cuales los tres amigos habían de verse envueltos.

Presos en Metz, fueron encerrados, con doscientos de sus camaradas, en aquella prisión de Mittenberg.

En medio de todo fué una suerte.

Comparado con las horribles barracas en las que sus otros compañeros estaban acorralados en Prusia, el antiguo castillo de Mittenberg era un paraíso, y el rey de Baviera un monarca generoso, si se pensaba en el indigno tratamiento ordenado ó tolerado por otros.

En el resto de Alemania los prisioneros morían de hambre y de frío.

No es esto decir que en Mittenberg se viviera bien; ya se comprenderá que se pasaba mal, muy mal.

Las patatas y las habichuelas escaseaban, la carne salada, no era siquiera fresca, y el pan no podía ser peor; pero se vivía.

El agua era excelente, y... casi la daban á discreción. Los del país pretenden que es un agua mineral digna de ser embotellada.

¡Pero los tres prisioneros pensaban más en las desgracias de la patria que en su bienestar!

Suspiraban por la libertad; hubieran querido recobrarla á costa de los mayores sacrificios.

Román Tremor, sobre todo, había caído en tan profundo abatimiento, que no hacía un movimiento, ni despegaba los labios.

Permanecía horas enteras con los ojos fijos en el techo del calabozo, sin más pensamiento que este:

— ¡Dentro de ocho días se casa!

Ella, Solange.

Se mordía los dedos de rabia. Parecía la estátua de Ugolino, en las agonías del hambre.

Pero á él le destrozaba el pesar de no poder hacer nada para impedir semejante unión.

Hubiera dado la mitad de su sangre por verse libre, tener un caballo y emprender vertiginosa carrera, en medio de una lluvia de balas, hasta sus montañas y bosques de Morvan, hasta Gué-aux-Biches, donde Solange se refugió al comenzar la guerra, habitando la casita donde nació, mientras llegaba el momento de ser la castellana del dominio, la dueña del castillo, la esposa del marqués Olverio de Taunay.

Y se golpeaba la cabeza contra las paredes de la prisión.

Los tres intentaron fugarse, pero la conspiración fué descubierta por un bávaro que se apresuró á denunciarla al mayor Von Schwartz, un hombre de pelo en pecho que no se andaba en chiquitas, implacable en el servicio y que profesaba, no se sabe por qué,

odio terrible á los prisioneros que estaban bajo su férula.

El mayor Von Schwartz, era un hombre de cincuenta años, de luenga y espesa barba, ruda fisonomía, ojos saltones, barrigudo y regordete.

Era sumamente envidioso. Desde su juventud no pensaba más que en hacerse rico, y jamás perdonó ocasión de conseguirlo.

Mas á pesar de todos sus esfuerzos, solo legó á reunir unos quinientos florines de paga.

Vivía humildemente de ese sueldo en compañía de su hija Suzel, muchacha muy bonita que le quedó de su matrimonio con una bávara rubia y sosa.

Suzel tenía veintidos años, y ¡no tenía dote!

Esto era muy sensible.

El mayor Von Schwartz hubiera libertado sus doscientos cautivos con tal de poder dotar, aunque fuera modestamente, á su pimpollo.

¡Y tenía encerrados á tres, que hubieran dado una fortuna por su libertad! Pero él lo ignoraba.

Al contrario, los encerraba y odiaba, en vez de entenderse con ellos...

¡La fatalidad intervenía en todo!

Para estos casos es cara cuando más falta hace un intermediario socarrón é inteligente.

Debian hallarlo.

Sepamos como.

Roberto de Souvray y su hermano tenían,

todavía, al llegar á Mittenberg, unos cincuenta luises.

No sabiendo á qué santo encomendarse, Roberto reparó, entre los curiosos que se detenían á ver á los prisioneros, en un hombre sillo con ojos de ave de rapiña, amarillos y fosforescentes, tez verdosa y cabellos negros y espesos.

Aun cuando no le inspirase completa confianza aquella fisonomía, la necesidad no admitía dilaciones, y decidió hacer llegar á manos de aquel nuevo personaje cinco luises y una carta.

El hombre lo comprendió todo en seguida, escondió el dinero y la misiva, y cuando la ciudadela se hubo cerrado tras el convoy, leyó el sobre.

Decía en alemán:

«A la señora princesa Cavalli, castillo de Brauski, cerca de Cracovia.»

Aquella noche, el conde, en su calabozo, no cesaba de preguntarse si aquella carta habría llegado á su destino.

Hacia mal en dudar.

El hombre aquel fué un verdadero hallazgo.

Era judío y se llamaba Isaac Gründer.

Este comprendió en seguida que se trataba de un buen negocio. El soldado que le daba cinco luises por tan sencilla comisión, y que escribía á una princesa, habitante en un castillo en Polonia, no era un hombre cualquiera, sino un ricacho, del cual podría obtener pingües beneficios.

Y no solamente echó la carta al correo, sino que por su cuenta escribió esta otra:

«Princesa:

»Si por casualidad tuviérais necesidad en la ciudad de Mittenberg (alta Baviera) de un hombre seguro y discreto (perdonad la inmodestia), hábil y entendido en negocios, como el más fino diplomático, de Munich, me pongo á vuestras órdenes y os serviré fielmente, mediante una pequeña comisión.

»Se me encuentra siempre, desde las ocho de la mañana hasta las cuatro de la tarde, en mi tienda, en donde tengo toda clase de curiosidades, situada en la plaza de la Catedral.

»Después de las cuatro suelo ir á la cervecería de *El Elefante*, que todo el mundo conoce aquí.

»Vuestro respetuoso y humilde servidor,

»ISAAC GRÜNNDER.»

XI

¡Por una pequeña comisión!

Toda la diplomacia del judío dependía de esa frase y lo mismo toda su moral.

Verdad es que á muchos cristianos les sucede lo propio.

Por una pequeña comisión se hubiera dejado cruzar le cara en la cervecería del *Elefante*, en medio de todos los vecinos de Mittenberg reunidos.

Por una pequeña comisión hubiera vendido su alma al diablo, que no la hubiera querido, pues ni para el diablo servía alma tan gangrenada por la avaricia y la estafa.

El mismo día en que los tres prisioneros del mayor Von Schwartz se lamentaban de su suerte, alrededor de una mesa coja, y á la luz de la vela de sebo, Isaac Gründer se hallaba en su tienda, un chiribitil inmundo, donde estaban aglomeradas las mercancías, que eran muebles antiguos, muy deteriorados, cuadros y otros objetos por el estilo.

Estaba ocupado en leer una carta que había recibido de su camarada, correligionario y consocio, Abraham Kreuznach, que estaba de expedición.

Este cuervo le anunciaba un envío de pianos, sillones, mesas, relojes y otros objetos, tomados en territorio enemigo, sin escrúpulo ninguno, y de cuyos objetos, sin escrúpulo ninguno también, esperaba obtener al venderlos beneficiosos resultados.

Abrióse la puerta, y una voz fresca é imperiosa preguntó:

—¿El señor Isaac Gründer?

El judío alzó la vista y hallóse frente á una hermosa dama envuelta en magnífico abrigo, cuyo coste calculó en seguida en mil quinientos florines.

Isaac Gründer era hombre perspicaz.

No se equivocaba fácilmente.

Y, además, al ver á aquella señora, comprendió en seguida quién pudiera ser. Se dijo.

—La princesa.

Era ella, en efecto, siempre hermosa.

La saludó en voz baja, pronunciando palabras de servil cortesía.

La Princesa no perdió el tiempo en preámbulos.

—Me habeis dicho que podeis serme útil... —comenzó diciendo.

—Sí, princesa.

—¿Mediante qué condiciones?

—Eso depende del servicio.

—Es lógico. Hay tres militares franceses^t simples soldados, prisioneros en el castillo: quiero su libertad.

Isaac Grünmder se rascó la cabeza.

—¿Es posible? —repuso la polaca.

—El dinero todo lo puede.

—¡Qué idea tan profunda! ¡Entonces todo es cuestión de precio! ¿Cuánto?

—¿Os interesa mucho esa libertad, princesa?

—Mucho. No acostumbro á perder el tiempo en rodeos.

—Es indispensable procurar su evasión.

—Eso es.

—Será preciso corromper á mucha gente.

—A una sola persona—dijo ella categóricamente.

—¿Cuál?—preguntó Isaac sorprendido.

—Al jefe.

El judío abrió mucho los ojos y contempló admirado á la extranjera.

Aquella mujer le pareció sublime, por lo concisa.

—No es imposible—contestó él;—pero ese será más caro que los subalternos.

—Más caro, pero más seguro—contestó Wanda.

La admiración de Isaac aumentó.

—¿Cómo se llama el jefe?—preguntó ella.

—El mayor Von Schwartz.

—¿Es rico?

—Pobre como Job.

—Entonces no hay dificultad ninguna.

—Perdonad, princesa; pero puede ser incorruptible.

—No lo será con la suma que yo señale.

—¿Qué suma?

—La que haga falta.

Isaac sentía deseos de postrarse ante aquella admirable criatura y besar el extremo de su abrigo.

Sin embargo, pensó que una hija de Israel hubiera encauzado el negocio de otro modo, tratando más duramente las condiciones; es decir, llegando al mismo objeto, pero á más bajo precio.

Decididamente, su raza era superior.

—¿Podeis encargarnos de arreglar el negocio?

—Mediante una pequeña comisión, excelencia.

—Ya me lo habeis escrito. La tendreis.

—¿Cuánto?

—Os aconsejo que confieis en mi generosidad. De otra suerte, nada me impedirá hablar yo misma con vuestro mayor... ¿Cómo habeis dicho que se llama?

— Von Schwartz.

— ¿Y qué vais á hacer?

— Lo veré, princesa, lo veré.

— ¿Cuándo?

— En segunda.

— ¿En el castillo?

— En el castillo.

— Entonces podreis entregar á los prisioneros un objeto que en nada puede comprometeros.

— ¿Qué objeto?

— Una sortija.

— ¿Dónde está?

La polaca se quitó del dedo un anillo de oro con una perla, y la envolvió en un bill de doscientos marcos, que entregó al judío, cuyos ojos echaban chispas.

— Con este pasaporte — dijo él — la sortija irá á todas partes. El dinero es como Dios.

Wanda alzó los hombros.

— ¿Cómo se llaman vuestros protegidos, alteza?

— Uno de ellos, Roberto de Souvray. Estos os dirá cuáles son los otros.

— ¿Adónde quereis que os lleve la respuesta?

— Al hotel del Faisán. ¿Cuándo estareis de vuelta?

— Dentro de dos horas.

— Bien.

Isaac Grünnder se puso el gorro, abrigóse el cuerpo con un carrick muy viejo, sucio y remendado, hizo profunda reverencia á Wanda y se encaminó hácia la ciudadela.

Iba loco de alegría.

Conocía la manera de conmover al mayor Schwartz, puesto que sabía cuál era su cuerda sensible.

Y ya que es preciso decirlo todo, no omitiremos que le tenía adelantadas algunas cantidades; esto era un detalle más á su favor, para contar con el militarote.

Este le recibió en seguida.

El mayor estaba sentado frente á una mesa-escritorio, de roble claro, manchada de tinta, y fumaba en una enorme pipa.

Al ver al judío se echó á temblar, pues se le figuró que iba á reclamarle los ciento cincuenta marcos que le debía desde hacíaseis meses.

Y el mayor, no solo no poseía esta suma, sino que pensaba pedirle treinta marcos más, que le hacían mucha falta.

Pero pronto se tranquilizó.

Isaac no habló de eso, sino que comenzó diciendo:

— Teneis una hija, mayor Von Schwartz.

El oficial dió un suspiro.

— Una hija que es preciso ir pensando en casar.

— ¿Venís á burlaros de mi pobreza, Isaac?

— Dios me libre.

— No tengo ni un *Kreutzer* que dar á mi pobre Suzel.

— Es lástima, porque es muy bella.

— Precisamente me disponía á pedir os una pequeña cantidad, que os pagaré lo antes posible.... ¡Haceis buenos negocios este año, Isaac!

— Así, así.

—Si pudiérais prestarme algunos florines...

—No tengo ni uno solo.

—¿Es posible?

—Pero tengo algo mejor que ofrecereros.

—¿A mí?

—A vos.

El judío acercó la silla, y con misterio, preguntó:

—¿Qué os hace falta para vivir desahogadamente?

—Os estais chanceando.

—Hablo seriamente.

—Pues no sé... dos mil florines...

—Sois demasiado modesto.

—Tres...—dijo vacilando el mayor.

—¿Qué diríais si fueran cinco ó seis mil?

—¡Oh! Isaac Grünnder, ¿tendreis quizá intención de corromperme, de exigir de mí algo contra la disciplina, contra el honor militar?...

El judío no se intimidó.

Aspiró un buen polvo de rapé, y quedóse mirando fijamente al mayor, que se puso rojo de vergüenza.

Y como Isaac no hablara, el militar repuso:

—Vamos, amigo mío, explicaos. Si la cosa no fuera muy grave...

—¡Y la recompensa enorme!—insinuó el judío.

Al bávaro se le subía la sangre á la cabeza y parecía quererle salir por los ojos.

Diríase que le iba á dar un ataque apoplético.

Pero nada de eso era efecto de la indignación...

¡Seis mil florines! ¿Qué iría á pedirle Isaac Grünnder? ¡Con tal de que fuera posible!

—El negocio es el siguiente: me acaba de visitar una señora. Es una polaca. Se trata de un asunto amoroso. Poco trabajo me ha costado adivinarlo. Ama á un soldado, un simple soldado. Es rica, y quiere arrancarlo de vuestras garras, así como á sus dos compañeros.

—¡Ah! ¿dos amigos además?

—Soldados también como el otro. Ya comprendéis, mayor; no se trata de generales...

—¿Cómo se llaman?

—El principal, Roberto de Souvray. Los otros dos sus camaradas.

—Esperad, Isaac, esperad. Entiendo. Número 196, Souvray. Dos hermanos. ¡Han tratado de sobornar á un centinela! Y ahora quieren comprar al comandante—añadió mirando ferozmente á todos lados.

—Pensad en Suzel.

—¡No, no y no! ¡Están en el calabozo!

—¿No quereis?

—Por los mil diablos del infierno, no.

—En la vida hallareis otra ocasión de poseer semejante fortuna. ¿Y á cambio de qué? ¡De una bagatela! ¡Tres simples soldados! Una puerta abierta por descuido, mañana, antes de que amanezca. Trajes que se les pueden pasar cautelosamente. Yo me encargo. La señora esa les manda los caballos á las puertas de la ciudad. Ganan Suiza por la

montaña, y á vos no os sucede nada. No tenéis necesidad de avisar que se han ido. ¿Quién ha de inquietarse por eso? Y en último caso podeis hacer que les sigan del lado opuesto al que hayan tomado para fugarse... Pensadlo bien.

—No, no puede ser. Al menos por ese precio. ¡Si se tratara de diez mil florines siquiera!

—¡Diez mil!

—Ni más ni menos.

—¡Es una cantidad fabulosa!

—Y os dejo en libertad de arreglar el negocio.

—¡Diez mil!

—Ni un *thaler* menos. Arriesgo la carrera y, por lo tanto, el sueldo.

—¿Quién lo ha de saber?

—En fin, tratad el negocio, Isaac. Diez mil florines, puesto que la dama es rica.

—Haré cuanto pueda, mayor; pero sois inflexible.

—¿Y vos me dareis recibo de lo que os debo?

—Con mucho gusto, siempre que pueda hablar á esos soldados esta misma noche. Dadme una orden.

—En seguida.

—¿Y hareis abrir las puertas?

—Sí.

—¿Y cerrareis los ojos?

—Mediante buen dinero contante y sonante...

—Podeis estar tranquilo.

—Sobre todo, que esos franceses se fuguen sin ruido.

—De eso me encargo yo.

Diez minutos después, el judío entraba solo en la sala baja, donde los dos hermanos y Román Tremor cenaban melancólicamente un plato de habichuelas cocidas en agua salada y un pedazo de pan de munición.

—¿Cuál de vosotros se llama Roberto Souvray?—dijo.

—Yo.

—He aquí una sortija que me han encargado os entregue.

—¿De parte de quién?

—De una dama.

El conde tomó el anillo, y lo miró.

A su alrededor había grabadas estas palabras en italiano: «Estoy aquí».

Al mismo tiempo examinaba al enviado.

Un vago recuerdo le dió luz.

Era el mismo hombre á quien había dado cinco luises y una carta.

En voz baja, y para que no lo oyesen los llaveros, que estaban cerca, añadió Isaac:

—Preparaos para huir.

El corazón de Román dió un salto en el pecho.

—¿Cuándo?—preguntó el conde.

—Mañana, antes de que amanezca.

—¿No será un lazo?

—¿He enviado ó no fielmente vuestra carta?

—Es verdad. Servidnos y os recompensaré.

—¡El también!—pensó el judío.

—¿Cómo os llamais?

—Isaac Grünnder. Vivo en la plaza de la Catedral. Yo me encargo de todo. No os acostéis esta noche.

Cuando se hubo cerrado la puerta, los tres amigos se abrazaron.

—¡Salvados!—dijo Román.

—¡Todavía no!—añadió Hugo.

—Que nos veamos fuera, y os aseguro que si nos vuelven á prender, no será sin que haya mediado encarnizada lucha.

Y acabaron de cenar, bien distintamente de como habían comenzado.

Isaac Grünnder no perdía el tiempo.

Se dirigió al hotel del Faisán.

La polaca le esperaba en su habitación.

Estaba tan tranquila como el día en que hizo envenenar á su marido y á la desgraciada Elena.

Aquella mujer era de mármol. No había dudado ni un momento del éxito.

—¿Está hecho?—preguntó.—¿A qué precio?

—No me atrevo á decíroslo.

—Atreveos.

—¿Daríais quince mil florines?

—¿Cinco mil por cabeza?

—Sí.

—Es cosa hecha. ¿Eso es todo?

—Luego... la pequeña comisión.

—¿Cuánto?

—Lo que gustéis, alteza.

—¿Bastarán cinco mil florines?

—Cinco y cinco hacen diez—pensó Isaac.

—Tendré tanto como el mayor.

Y añadió en voz alta:

—Ya lo creo, alteza. ¿Cómo pagais?

—Dando. Entregadme los tres soldados, y tendreis el dinero.

—El mayor exigirá las arras...

La princesa echó sobre la mesa un paquete de billetes.

—Tomad la mitad de la suma—dijo—á cambio de un recibo, que os devolveré en el momento de la entrega.

El judío no se hizo rogar.

Luego concilió todo lo necesario para la evasión.

—Harán falta caballos—dijo.

La respuesta de la polaca fué breve:

—Los tengo.

—Y trajes.

—Los tengo.

—Armas, por si os atacan en el camino.

—Las tengo.

Isaac la contemplaba con creciente idolatría.

—¿Qué mujer de negocios hubiera sido!

De pronto añadió:

—Y cartas, mapas, princesa para saber la dirección que es preciso tomar.

—Tengo.

Inclinóse hasta el suelo, fascinado; ultimó algunos detalles, escuchó las instrucciones que ella, para terminar, le dió, y se fué.

—¿Qué hombre tan útil!—pensaba á su vez la polaca.